

**UN TRIO,  
SON TRES RÍOS EN UN  
RINCÓN**

*Castielfabib, agosto de 2023*

## **Bohilgues.**

*“De ayer, atardecer.*

*Amanecer mañana”*

De José, no se sabe bien cuándo llegó. Dicen que sus abuelos, también los tatarabuelos ya vivían, dormían, y se querían en los altos. Sin embargo, así como sucede también con el Bucanero Pedro, José comparte sus estancias largas en el Rincón con los descansos más salados cerca del Mediterráneo. Allí le mecen las olas incansables, acá le susurran las sabinas impávidas y pétreas. Entre el vaivén y el arrullo, él se mece con un limonero verde y amarillo debajo del brazo izquierdo. Cuando nota cansancio, o le parece que el vaivén se lo sugiere, cambia el limonero bajo su brazo derecho. Busca equilibrio con su limonero como un funambulista de la huerta en la sierra. Cuenta los limones del árbol cítrico como cuenta las cuentas del rosario, Rosa, la vecina que todavía vive, junto al abrevadero, a la entrada de la Puebla.

A lo que más dedica José su tiempo, cuando se trata de compartir con su limonero, es a contemplarlo, buscando sus fugaces y escondidos pinchos, repartidos como agujas por sus brazos retorcidos, amarillos, reverdecidos. Entre la púa y el pincho, va encontrando José las palabras para esculpir, en crudo, en piedra seca. Tosca para bancal improvisado. José es un recolector de espíritus de palabras. Escucha, las atiende y las deja acontecer, para que cada una encuentre su hueco, y en conjunto, su lugar sobre el perfil del terreno. El terreno serrano siempre es recóndito y rebuscado, de sur tórrido y norte helado. Es ahí donde José, hábil y diestro, encaja la palabra, compone el conjunto y lo integra en la pendiente. Ora un abrigo, ora un bancal, cabaña de pastor, tapia segura, rumor de acequia, piedra angular.

## **Ebrón**

*Campanadas de horas y días*

*Rumor de río eterno*

*Golpe seco de despiece*

*Sonido metálico para el turno*

*Vibrar de armónica*

*Ulular de búho*

*Todos hacen melodía*

De tanto navegar entre la bruma, mirar y no ver, hubo un tiempo en que el Bucanero Pedro, perdió el gusto por el observar, contemplar, y casi hasta el admirar. Idas y venidas desde, y hacia la Isla de la Tortuga. Escondiendo tesoros, con y sin mapa. Inventando mapas, con y sin tesoro. Guardando, para finalmente no tener nada, ni tan siquiera conseguir llegar a la nada.

No recuerda cuando fue que remontó el Ebrón, años atrás. Había jugueteadado primeramente en el Turia, río arriba, más los primeros estrechos y revueltas siempre lo habían disuadido de continuar su remontada. Las caídas dan miedo; pero remontar implica poder volver a caer. Aquella idea le rondaba presente e inconsciente, y su solo pensamiento le cercenaba vivamente cualquier intento de volver a remontar. Con lo que él había sido surcando los mares bajo las estrellas...

Sin embargo, aquella mañana, cómo acostumbraba últimamente, el Bucanero Pedro soplabla la melodía metálica de su armónica contra el velamen de su barca, ahora ya ligera, libre de los pesados cañones que antes emplease en fieras y cruentas batallas: mástil fino e irregular, un par de tablas a modo de banco, y un timón holgado "que ya sabe hacia donde ir", decía él. "Un Trío son Tres Ríos en un Rincón", cantaba y reía a carcajadas, enfundado en sus gafas de cuero, ajustadas detrás sobre su nuca. En sus amplias, pobladas, y desmelenadas patillas, finas gotas perlaban el entrecano pelambre. Entre sus melodías, vibrar del metal, y canciones, no llegó a darse cuenta de que había remontado el Turia más allá, hasta el Ebrón. Un repentino golpe, que encajara su leve embarcación en los angostos cañones que preceden a la fábrica de luz, le hizo salir de su melodía y oler la cal y la tosca que saturan las aguas del río.

Se encontraba entre los latoneros flexibles de ribera que manejarán las herramientas que han de convertir en cajas para la fruta de la Huerta Zaragoza al chopo. El chopo, sólo es de ribera. El pino, sólo es del monte. Y el pino rodeno, sólo es de los rodenos redondos y redondeados por los vientos de los tiempos. Al abrigo de los pinos y del rodeno, el Bucanero Pedro buscará sin encontrar, y encontrará sin buscar los trazos perpetuos de los primeros pobladores. Impresiones de sangre de animal y mineral. Querer decir, expresar, y permanecer.

Con los años, en la Cuesta del Rato, El Bucanero Pedro dejará de oler el salitre marino, y cambiará las ondas caprichosas que provocan las olas sobre la arena de sus playas de juventud por la sílice y la arenisca del rodeno. De atesorar oros, gemas, y cálices dorados de sus tesoros brillantes, a la búsqueda incesante de los trazos originales escondidos en los abrigos del rodeno. El trazo perpetuado, frente al incesante trazado sucesivo de las olas en la orilla de sus playas. Su libro de mapas de cien tesoros en la Isla de la Tortuga, por un libro de Huellas Indígenas de la Península Ibérica....

## **Turia**

*Perder la voz para ser el rumor*

*Diluirse de roca que deviene limo*

*Limo que no será del mar*

*Fondo de lodo sobre el que navegar*

*Recolector de voces*

*Cantar popular*

Elvira se precipitó en el Rincón de Ademuz, como si el Star Link del mes de agosto se hubiera desplomado desde esa bóveda infinita de luces y estrellas, titilantes, pacientes, y suspendidas. A Elvira no la propulsó el descuido si no el virus. Un virus que la catapultó a un tiempo familiar y cercano, como siempre lo son las gentes del Rincón. Búsqueda de la seguridad física que nos hace perder el miedo a mirar hacia el pasado, a bucear en el ayer, en el recuerdo vivo y el sentir hondo.

Elvira nunca temió a la bruma que no deja ver, porque mantuvo presente la certeza de que el paso adelante la diluye, la aclara, la hace inexistente. Sin embargo, quizás no calibró la intensidad de los sentires. En los altos, en los estrechos, en las tablas de huerta, y en los bancales de secano que recompuso José con sus palabras, los sentires son vivos, las emociones crudas, y las miradas profundas.

La recolección de endrinas al pie del camino no ha sido tradición de licores en Castielfabib, como sí lo ha sido el cultivo de la verdura y hortalizas de huerta, y la fruta dulce y jugosa de frutal. Ciruelas de yema, manzanas, peras tersas, prunas oscuras, melocotones coloreados. Por contra, la recolección de los sentires del terreno requiere valentía. Porque en el Rincón no ha llegado el diluyente que abunda e inunda los sentires y la memoria del urbanita: aquí, rencor crudo y mirar claro, querer intenso y envidia profunda, trabajo duro y descanso escueto, albadas celebradas y doblar de campanas con nombre propio, con descuento de tu censo.

Allí se atrevió y se encontró con el vértigo del recuerdo, como quien asoma al estrecho vertiginoso desde San Guillermo. Porque el rumor ascendente que emana del río es confuso y a la vez inequívoco. La viveza de la vida que subyace tras la memoria, las imágenes y las palabras, el vivo recuerdo que aturde y emociona. El respeto al precedente y el referente para con el sucesor, casi como los trazos que, confusos y esquemáticos, va extrayendo el Bucanero Pedro entre la maraña y el sotobosque del rodano.

Elvira puso nombres y dio vida para revivir el recuerdo, darle forma, fondo, hacerlo presente en el papel impreso, así como las campanas lo lanzan al vuelo

en su volteo, contra la indolencia, la ignorancia y el desencuentro. Como una Semana Cultural que hace bando comarcal, para escribir, restaurar, modelar, pintar, cantar. Elvira, nos ha traído el resumen de sentires, recuerdos, y emociones de ayer. El Bucanero Pedro sigue descubriendo las emociones, recuerdos y sentires de ayer, fosilizados sobre el rodano. José Iniesta, en piedra seca, los abanca firmes para contener y fijarlos en la memoria, en previsión de venideras tormentas de más indolencia, ignorancia, y desencuentros del mañana. Para asegurar que, sin prisa, devienen en limo sobre el que la vida siga navegando.